

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

63

La Novela Semanal Cinematográfica



Con
una mujer
me basta

POR
Marceline Day
y
Rod La Rocque
—
50 cts.



CON UNA MUJER ME BASTA

VIERTEL, Berthold

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551

.....



Con una mujer me basta

(ONE WOMAN IDEA, 1929)

Magnífico asunto, interpretado por

ROD LA ROCQUE, MARCELINE DAY,
SHARON LYNN, etc.



Es una producción

GIGANTE FOX

EXCLUSIVA DE

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA



Con una mujer me basta

(Argumento de la película)

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Era el príncipe Alamed Shan, un diplomático persa. Se decía que era una de las figuras más prominentes de Oriente. Poseía un maravilloso palacio y un harem constituido por las mejores beldades.

Joven, fino, atrayente, dejaba tras sí un rastro de simpatías. En América, donde había permanecido algún tiempo, se vió envuelto rápidamente en una oleada de admiración. Algunas hermosas muchachas del país del dólar soñaron con ser las legítimas esposas de ese magnate de leyenda, de ese personaje arrancado de un cuento oriental.

Acababa de embarcar en Nueva York en un magnífico transatlántico que lo conduciría a Europa para desde allí trasladarse a su patria. Y a las pocas horas de permanecer en el buque, ya todos los ojos habían contemplado la figura impenetrable del persa y todos los labios se habían movido para comentar la presencia del pasajero fastuoso.

Los periódicos habían hablado de las joyas del príncipe como de algo maravilloso. Como muestra de las que debía tener encerradas en sus cofres, llevaba un bello alfiler de corbata y un anillo de brillantes del tamaño de una nuez.

Sin otra compañía que la de su secretario, había permanecido en cubierta durante aquellas primeras horas de travesía, contemplando la línea lejana de la tierra, distante y empequeñecida cada vez más.

El capitán del barco acudió a saludarle, preguntándole si experimentaba mareo.

—¡Nunca! ¡Estoy tan acostumbrado a viajar!...

—Ya sé, Alteza, que habéis recorrido el mundo.

—He dado dos veces su vuelta. He sentido la curiosidad de ver bien el planeta que habitamos.

—Sin embargo, sentiréis la nostalgia de vuestra Persia.

—Ciento... No puedo vivir sin ella.

Quedó unos instantes contemplando el anillo que resplandecía, herido por los rayos del sol poniente, en su mano derecha.

El capitán movió lentamente la cabeza y dijo:

—Alteza, he oído decir que traéis algunas joyas maravillosas.

—¿Le agradaría verlas?

—Eso siempre es bonito.

—Pues le invito a visitar mi camarote mañana a la hora del te.

—¡Gracias! Procuraré no faltar.

Alejóse el capitán, y el príncipe, separándose de su secretario, se dirigió a otra parte de la cubierta, pasando lentamente por entre los grupos femeninos que se volvían y murmuraban en voz baja:

—Es inmensamente rico... Viaja con mucha servidumbre.

—Y es hombre culto... Graduado en Oxford, querida.

—Y soltero.

—Ese es el título mejor.

Y aunque procuraban sonreírle a su paso, el príncipe Alamed limitábase a contestar con una ligera inclinación. Dirigióse a ocupar una butaca de mimbre en la parte de babor.

Entre los pasajeros se encontraba Mary Lyn, una muchacha lindísima, de belleza algo melancólica.

Mary había estado hasta entonces en amigable conversación con otros compañeros de travesía y resistido sonriente los galanteos que le dirigía cierto pollo "bien" que viajaba por "snob" y para gastar el dinero que había amasado el buenazo de su papá.

Después, un poco importunada porque el almibarado galán le susurraba al oído nuevas y vivas declaraciones, abandonó el grupo de amigos y se fué a sentar en la parte de babor, en una de las blandas butacas que invitaban a la dulce languidez.

Se reclinó indolentemente y cerró los ojos, un poco fatigada.

Sus manos pálidas, de una blancura de lirio, parecían dormitar sobre los brazos del sillón. En uno de los dedos fulguraba con vivo centelleo un anillo de brillantes.

El príncipe Alamed que estaba cerca de Mary, vió la fascinadora luz de aquella sortija.

¡Coincidencia extraña! El anillo que llevaba aquella mujer era exactamente igual al que el príncipe usaba en su mano derecha.

Con profunda curiosidad acercóse a la poseedora de aquella joya y le dijo:

—Confío en que me perdonará... el que siéndole desconocido le dirija la palabra.

—Diga usted... — contestó, sorprendida, contemplando a aquel hombre de aspecto oriental, de ojos de profundo ardor.

—Me ha llamado mucho la atención que ambos tengamos idénticos anillos.

Y le mostró su sortija, gemela a la de Mary, como una reproducción.

Cotejaron ambas joyas, tan idénticas que era imposible distinguirlas entre sí.

—¡Es muy raro! —dijo Mary—. Este ani-

llo se lo dió a mi padre hace muchos años el príncipe Alizar Zhan de Persia.

—Soy el hijo del príncipe Alizar—contestó sonriente.

—¡Usted!... ¡Qué casualidad! ¡Ah! Mi padre quería a Persia tanto como a Inglaterra.

—A veces he oído hablar de él en mi casa... ¿Cómo iba a suponer nunca que encontrase a la hija de aquel buen amigo de mi país?

—¡Es verdad!... En la vida nada hay imposible.

Hablaron evocando juntos diferentes momentos de la vida de sus padres y de aquella amistad que les unía. Y mientras hablaban, se miraban a hurtadillas, con profunda admiración, como si su mutua presencia les hubiera impresionado.

Luego fueron a pasear por la cubierta, admirando el horizonte que abarcaban sus ojos, la inquieta planicie del mar enrojecida por el crepúsculo.

Al fondo de uno de los corredores, vieron a un hombre joven, sentado entre varias mujeres elegantes, mariposas que revo-

lotean por los buques a la caza de la cartera de los millonarios.

Todos reían, se abrazaban alegremente, fumaban cigarrillos de perfumado tabaco.

El caballero besaba a las amables Evas pareciendo extremadamente feliz con su compañía.

El príncipe Alamed sonrió, y dijo:

—Muy gracioso ese tipo, ¿verdad?

Mary se volvió pálida.

—No llevamos más que seis horas de viaje y mire el harem que ha reunido—continuó diciendo él.

Tampoco contestó la inglesita y fué avanzando en dirección a aquel alegre grupo.

Cuando el divertido tenorio vió a la pareja, se levantó conturbado y rechazando lejos de sí a las mujeres, corrió a saludar a Mary con el gesto lastimero del niño que ha cometido una tontería.

Mary, digna, severa, presentó a los dos hombres.

—Príncipe Alamed, éste es el señor Douglas, mi marido...

—¡Ah! ¡Su marido!—exclamó el persa mirando de reojo a Mary y compadeciendo

a la bella criatura por tener un esposo tan amigo del sexo débil.

Pero vió en la mirada de Mary una profunda resignación, como si estuviese acostumbrada a burlas de aquella naturaleza. Su esposo no cambiaría nunca de carácter: eterno tenorio que se mofa de su mujer ante sus propios ojos.

Douglas saludó muy cordialmente al príncipe del que había ya oído hablar por boca de las otras mujeres.

—Dicen que Persia es un lugar encantador—exclamó—. Acabo de comprar allí unos pozos de petróleo.

—Lo celebro—repuso fríamente Alamed.

Y haciendo ademán de retirarse, dijo:

—He invitado al capitán Carroll a tomar el te mañana... ¿Quieren ustedes acompañarnos?

—Tengo un negocio de importancia que resolver mañana—dijo Douglas, sonriente y contemplando a una de las muchachitas que antes habían hablado con él—. Si puedo iré... pero estoy seguro de que mi esposa tendrá mucho gusto en ir.

—Les esperaré a los dos.

Hizo una ligera inclinación a Douglas, miró con profundo cariño a Mary y siguió su camino por cubierta dirigiéndose hacia su camarote, mientras en su pensamiento flotaba como una nube azul la silueta delicada de una mujer...

Mary se alejó también de su marido. Este no quiso detenerla y volvió a sus imprudentes *flirts* no importándole ni poco ni mucho abandonar a su esposa, de cuya gran fortuna iba viviendo, sin preocuparse de hacer feliz a Mary que había ido al matrimonio con la ilusión del amor y encontró luego la realidad cruda y dolorosa en forma de un marido infiel y repulsivo.

* * *

Al día siguiente, por la tarde, Mary se dirigió al camarote del príncipe Alamed.

Se encontraban ya en él el capitán del buque y el secretario del persa.

Las pupilas del oriental se clavaron fijas y enigmáticas en aquella mujer que sintió por sus venas el contacto de una llama. Tu-

vó que bajar sus ojos, impresionados por la contemplación.

El príncipe, sonriente, fino, encantador,



Las pupilas del oriental se clavaron fijas y enigmáticas...

les sirvió el te mostrándoles luego una deliciosa colección de joyas de todos tamaños. Todos los colores del iris formaban en

el estuche una gama maravillosa. Brillaban mil facetas irisadas como hermosas pupilas de mujer que quisieran fascinar.

—¡Soberbio..... incomparable! — exclamó el capitán.

—Es lo más bonito que vi en mi vida— decía ella.

—Como éstas tengo muchas en Oriente.

Entró un oficial de a bordo y dijo algo en voz baja al capitán. Éste explicó a sus amigos:

—Me llaman del puente... Tengan la bondad de excusarme. Regreso en breve.

—Siento que se vaya usted—dijo el príncipe, acompañándole hasta la puerta.

Cuando el capitán hubo desaparecido, Alamed hizo una señal al secretario y éste abandonó la habitación.

Quedó Alamed solo con Mary.

La inglesa admiraba emocionada aquellas joyas y sus manos acariciaban una de grueso tamaño.

Luego, alzando los ojos vió que Alamed tenía sus pupilas inmóviles, clavadas en ella. Pupilas de fuego, rayos hirientes de una tempestad de amor.

—¿Por qué me mira... de ese modo?—le preguntó.

—Porque... tiene usted los ojos más bellos que he visto... y los más tristes.

Ella sonrió.

—¡Cuánto no daría por verlos alegres! —siguió diciendo el príncipe.

—Es difícil—murmuró ella entre dientes a tiempo que volvía a mirar la joya que tenía en las manos.

El príncipe pareció comprender todo lo que pasaba en el alma de aquella muchacha, adorable casadita, cuyo marido no se preocupaba de otra que de ser fiel... a las demás mujeres.

Acercóse a Mary y le tomó la alhaja.

—¡Qué raro que haya escogido esta joya! ¡Es muy curiosa!

—¿Por qué?

—Mire.

La puso al trasluz y Mary leyó en ella dos palabras:

Amor.

Fortuna.

—¡Qué bonito!

—¿Le gustan? Son dos nombres que casi nunca van juntos.

—Es verdad.

Sus almas parecieron comprenderse... Por



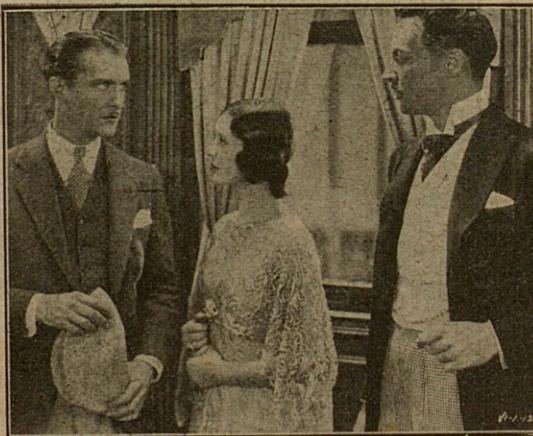
—¡Qué raro que haya escogido esta joya!

un momento guardaron silencio coincidiendo los dos en la contemplación de aquella joya que llevaba grabadas cosas tan frágiles como la fortuna y el amor.

La puerta abrióse de repente y apareció la figura cínica del señor Douglas.

—Parece que llego a tiempo... a tiempo de salvar la situación—dijo, riendo.

—¡Douglas!



—Parece que llego a tiempo...

—Estaba enseñando a su señora unas joyas—explicó el príncipe.

—¿Y dónde está el capitán?

—Dijo que regresaría inmediatamente... Lo estábamos esperando.

—¡Vamos!... Ya... ya...

Hablabá con retintín, con profunda maldicia, como si hubiera sorprendido a su esposa en situación poco agradable.

Rápidamente tomó el te, y marchó en compañía de su mujer... en vista de la tardanza del capitán.

Al salir distinguió un puñal de soberbio brillo, incrustado el mango con piedras preciosas.

—¡Bonito!—dijo, riendo.

Manejó distraídamente y luego como si apuntara al príncipe, añadió:

—¡Y afilado!

—¡Sí, muy afilado!—respondió el príncipe con voz velada por la amenaza y acariciando el puñal.

—Hasta otro rato, príncipe.

Salió el matrimonio...

Momentos después volvía el capitán, a quien asuntos del barco habían entretenido más de lo preciso.

Habló brevemente sobre las preciosas joyas, pero como Alamed parecía distraído, como sometido al influjo de una idea lejana, pronto se despidió de él dejándole ensimismado en sus pensamientos.

* * *

Pasaron unos días...

Douglas seguía manteniendo escandalosos "flirts" a la vista de su propia esposa.



—¡Y afilado!

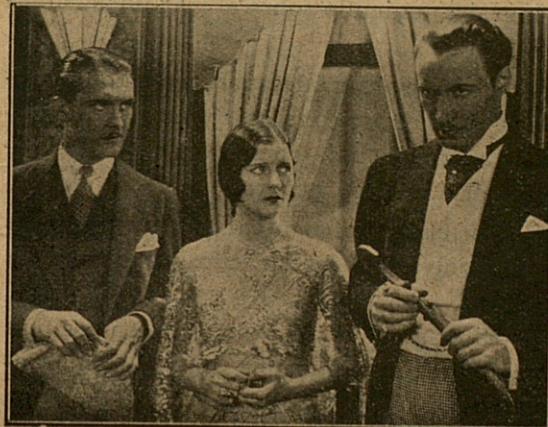
Incluso había logrado entrar de noche en el camarote de una de aquellas mariposas fáciles, siendo sorprendido por Mary.

Esta ocultó a todo el mundo su infarto, las lágrimas que resbalaban por su co-

razón, la humillación de que era víctima.

Ya no sentía amor por Douglas, pero mujer honrada y pura no quería pagar a su esposo con la propia moneda.

Y se contentaba con hablar largas horas



—Hasta otro rato, príncipe.

con el príncipe persa, sin otra consecuencia que un platonismo sentimental.

Sus dos almas se sentían cada vez más atraídas, pero también el príncipe se mostraba caballeroso en sus actos y aquellas en-

trevistas tenían un carácter espiritual y delicado.

Soñaban... aunque sabían bien que su sueño era imposible.

Cierto atardecer contemplaban la puesta del sol, el momento en que la luz se desangraba poniendo sobre el mar unos rubíes de fuego.

Acabó el sol por desaparecer y todo quedó sumido en un tono gris y melancólico.

—La vida es así—comentó ella—. Las cosas bellas mueren pronto.

—Sin embargo, este sol, dentro de pocas horas volverá a brillar con su alegría de aurora.

—El es un astro... nosotros no somos más que pobrecitos humanos con una sola juventud.

Apareció en aquel momento Douglas, y el príncipe, que sentía por él una antipatía perfectamente explicable, se alejó lentamente.

Sonrió burlonamente el marido y dijo a Mary:

—Creí que tenías mejor sentido.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que estás haciendo un papel muy tonto con ese persa.

—¿Cómo te atreves? ¿Tú... tú... me pides explicaciones?

—Es gracioso... ¿No soy tu marido?

—¿Mi marido? Sí... desgraciadamente lo eres... pero, ¿represento yo algo para ti?... Desde la primera semana de nuestro casamiento has tenido tus amigas, tus amantes a docenas... No lo niegues... Ayer noche te vi entrar en el cuarto de una de ellas... Durante cinco años has hecho tu soberana voluntad, derrochando mi dinero, humillándome públicamente... Eso ha terminado... Quiero, de aquí en adelante, vivir mi vida.

—¿Por ventura piensas ingresar en el harem del príncipe?—dijo con cinismo.

—¡Eres un miserable!... ¡Te prevengo que si no te enmiendas, me divorciaré de ti!

—Si lo intentas acusaré al príncipe Alamed de ser tu amante...

—¡Canalla! Careces de motivos, bien lo sabes.

—Con motivo o sin ellos, arrastraré tu nombre por el cieno... Conque piensa bien lo que haces.

—¡Miserable... miserable!

Lloró amargamente y se retiró a su camarote, seguida por el marido quien le dijo al llegar ante la puerta:

—Hoy no cenó contigo... Lo siento... pero... tengo ciertos "negocitos".

Y con una frescura inconcebible saludó a su esposa y fué a llamar al camarote de una de sus amigas de travesía que ya le esperaba con los brazos abiertos para dominarle con sus besos y seguir exprimiendo el dinero de su cartera.

Y fueron pasando nuevos días... Y el señor Douglas con todo descaro, siguió sus culpables amores.

Como único consuelo a su dolor, Mary tenía sus entrevistas con el príncipe Alamed.

Sus almas se habían comprendido ya lo suficiente para pensar que se amaban. Sí, el amor las había bendecido con su rocío de luz, pero las circunstancias de la vida impedían que aquel cariño tuviese realización.

Ella pensaba en lo feliz que hubiera sido al lado de ese hombre afectuoso y apasionado.

do, y él a su vez se decía que su verdadera dicha estribaba en tener por eterna compañera a la mujer que el destino había puesto accidentalmente a su vera.

Hubiera licenciado de buena gana todas las hembras de su harem, las odaliscas perfumadas de su serrallo... Con una mujer le bastaba para sus ansias de amor.

Llegó la vigilia de desembarcar en Marsella...

Los dos enamorados se despidieron con tiernas palabras.

—Cada vez que oiga el nombre de Persia, me acordaré de ti—le decía ella.

—Pero, escucha, Mary... ¿despedirnos así, de esta manera? ¿Será posible que el futuro no ofrezca nada para nosotros?

—Nada... Yo me debo a mi matrimonio que un día desgraciado acepté... Es preciso que tú sigas tu camino... y yo el mío... No nos veremos más.

Las lágrimas caían de los ojos de ella. Su alma le impulsaba a ir hacia aquel hombre, pero sus deberes de honradez, su ética moral, se lo impedían.

—Tú me amas, Mary, no lo niegues... y

yo a ti más que al deber, el honor o la patria... ¿Cómo quieres que te deje ir?

—No... no es posible.



—¿Será posible que el futuro no ofrezca nada para nosotros?

Douglas apareció en aquel instante y dijo con su sonrisa de aventurero:

—Qué viaje más delicioso, ¿verdad?

¡Lástima que tengamos que separarnos todos!

El persa sintió tentaciones de pegar a aquel malvado, pero impulsado por el ejemplo de honradez que Mary le había dado,



—Tú me amas, Mary, no lo niegues...

se abstuvo de ello, y saludando brevemente, volvió a su camarote.

—Vamos... no te aflijas, querida... ya se te pasará—dijo riendo el estúpido Douglas.

Ella le contempló altivamente, con soberano desdén. ¡Miserable! Nunca podría

comprender la pureza de alma de su esposa...

Pudiendo hallar la felicidad fuera del círculo de su marido, junto al hombre que era la garantía de la dicha, prefería Mary ahogar los impulsos de su corazón.

No por él, no por el Douglas detestable y antipático que injuriaba a su propia esposa, abrazando a otras mujeres delante de ella, sino por el natural culto al honor que hay en el fondo de toda mujer buena, por el ideal sagrado de la propia estimación.

A la mañana siguiente llegaron a Marsella... y mientras el matrimonio Douglas marchaba a París, el príncipe Alamed seguía su viaje al Oriente...

* * *

Pasó un mes...

Alamed, en otros días locamente enamorado de Persia, se aburría ahora en su país, en su palacio suntuoso, junto a las mujeres de todas las razas que esperaban humildes y perfumadas la hora de agradar a su señor.

Se consumía de tedio en la vieja casa de sus mayores...

¿Dónde ir que los recuerdos agradables no fueran con él? Cuanto más agradable fué el pasado, mayor sufrimiento causa el haberlo perdido.

Su único alivio era contemplar un retrato que Mary le había donado en el barco y que él guardaba en un marco precioso.

¡Cuántos besos, cuántas imploraciones ante él!

Y los servidores del príncipe notaban esa fiebre de tristeza en que se consumía su amo.

Músicas, aromas, mujeres... todo lo detestaba. Y se hablaba de aquel tedio y de la palidez de aquel semblante antes tan lleno de vida y salud.

¿Cuál era la causa?

El secretario del príncipe le había sorprendido varias veces con aquel retrato entre las manos.

Cierto día habló de ello con otro personaje del palacio y le mostró el marco que tenía guardado en un armario.

—Esa mujer, Alí!...

—¡Encantadora!

—En sus pensamientos está noche y día.

El llamado Alí contempló con profunda atención el retrato y luego dijo:

—En el departamento de las mujeres hay una joven de sorprendente parecido a ésta.

—¿Estás seguro?

—La verás con tus propios ojos.

—Quizá ella podría hacerle olvidar a la extranjera.

—Probémoslo.

Fueron al serrallo y vieron a Zira, la mujer que se parecía a la bella inglesa ídolo del príncipe.

Tenía, efectivamente, sus mismos rasgos, casi igual estatura, las líneas ondulantes y flexibles como la otra. Por uno de los misteriosos caprichos de la naturaleza, aquellas dos mujeres, sin vínculo, nacidas en diferentes mundos, poseían una semejanza especial... Las dos eran como Venus...

Esto en cuanto a la belleza física. La parte espiritual era completamente distinta. A la dulzura, a la bondad, a la educación correcta y a la palabra armoniosa de la europea, la persa no podía presentar más que

un espíritu torpe y primitivo, de criatura movida por sus instintos de bestia de amor, sin ninguno de esos refinamientos espirituales que hacen superiores a las mujeres. Pobre hija del harem, sus aspiraciones únicas eran las de sobresalir del montón de las hembras anónimas, llegando a la categoría de favorita.

Saltó de alegría cuando Alí y su amigo le propusieron ir a bailar ante el príncipe.

Era preciso que vistiese con lujo y se mostrase insinuante.

Había que conquistar al señor.

La madre de Zira mostró una satisfacción intensa al ver a la joven objeto de las preferencias cortesanas.

—Si le llegas a gustar, Zira, nuestra fortuna está hecha.

La vistieron con bellas galas, con velos insinuantes, con joyas de gran valor y la llevaron a las habitaciones donde vivía su melancolía el príncipe enamorado.

Alí pidió autorización a Alamed para presentarle una bailarina, una mujer de gracia soberana.

Accedió a ello el príncipe, de modo ma-

quinal, sin importarle demasiado lo que pudiera ocurrir a su alrededor.

Zira entró en la gran sala donde estaba indolentemente reclinado el príncipe y comenzó a danzar, trazando armoniosos arabescos con su cuerpo ondulante de palmera.

Alamed permaneció indiferente unos minutos ante esa artista, una más, que pretendía animar su vida triste. Pero de pronto, se fijó en el rostro de aquella danzarina y levantóse rápidamente corriendo hacia ella con un profundo estallido de emoción.

¡A aquella mujer era idéntica, absolutamente igual a la inglesita del vapor!

Temblaron sus venas, aceleradas por una impresión profunda.

—¿Tú? ¡Oh, no, no no es posible! Pero, ¿quién eres? Dime... ¿De dónde sales?

Zira no respondió, escapándose suave y serpentina de los brazos férreos del príncipe y yendo a tumbarse a uno de los grandes divanes.

—Contesta... mujer... Tu rostro, tus ojos... ¡oh!... ¿eres Mary?

—Me llamo Zira y te adoro, señor... —repuso la muchacha.

Pero su voz fué desagradable para el príncipe, una voz desconocida, de timbre bronco, pastoso... ¡Ay! el recuerdo de aquella otra voz armoniosa como la del pájaro cantor...

Rechazó bruscamente a aquella criatura que pretendía besarle y mostróse taciturno y triste. ¡No era ella, no!

Sorprendida por aquel cambio, Zira le dijo:

—¿Estás enojado conmigo?

—No... pero cuando hablaste... el sonido de tu voz... interrumpió mi ensueño... Me recordabas una cosa muy bonita que nunca volverá a ser verdad.

—Señor... mi único deseo es que seas feliz.

—Gracias... pero vete ahora... Necesito la soledad, que nadie me importune. Ni tú ni ninguna de tus gentes sabrían lo que pasa en mi corazón.

Zira salió de la estancia dirigiéndose a unas habitaciones que le habían destinado sus amigos.

Alí y su compañero no perdían la esperanza de que el príncipe acabara enamorándose de Zira.

Ellos debían procurar por todos los medios a su alcance que la nube del dolor se descorriese de los ojos del príncipe Alamed.

* * *

Al día siguiente llegaba a aquella ciudad persa el matrimonio Douglas.

El marido se había visto obligado a efectuar aquel viaje para tratar de asuntos relacionados con los pozos de petróleo que había adquirido en aquel suelo. Y Mary quiso acompañarle en aquel viaje que daría tal vez alguna ilusión a su alma sentimental.

Los dos esposos estaban espiritualmente separados. Ante los ojos de la gente disimulaban aquel desafecto, aquella incompatibilidad. A ninguno de los dos convenía reñir. A Douglas porque necesitaba el dinero de su mujer para seguir con sus orgías y francachelas; a ella, porque mujer de una

fina delicadeza espiritual, no quería aparecer ante el mundo como una divorciada.

Llegaron al hotel, y el gerente del mismo se dobló en reverencias de corte:

—¡Bienvenido a Persia, señor! —le decía a Douglas—. Mi hotel, mis esposas, mis hijos y mis cabras son tuyos para lo que le plazca.

—¡Gracias... muchas gracias! — contestó Douglas, satisfecho de aquellos ofrecimientos, pues le gustaba tomar la fruta del cercado ajeno.

Se instalaron en una hermosa habitación con vistas a la ciudad.

Mientras tanto, la madre de Zira reclamaba a ésta por no haber sabido atraerse el corazón del príncipe.

Alí le ayudaba en sus palabras.

—Jamás conquistarás a Su Alteza hasta que te comportes como una europea.

Pero la muchacha no parecía demasiado interesada en renegar de su origen oriental y en vez de atenderles, comenzó a comer unos dulces, cogiéndolos grotescamente con los dedos.

—Pero, ¿qué pensaría de ti mi señor si

te viera comiendo de este modo? — advirtió Alí, horrorizado.

—He comido siempre así...

—¡ Señor... Señor!

Otra de las muchachas que allí se hallaban y que también habían tenido sus aspiraciones a la "blanca mano" del príncipe Alamed, le dijo:

—¿Te vas a comer todos los dulces?

—¿Por qué no? Puedo hacer cuanto me plazca.

—Sí, pero lo que más deseas que es mi señor, jamás será tuyo.

—¡Envidiosa! Basta con que me lo proponga de veras...

Y anduvieron un rato a la greña hasta que tuvieron que separarlas para que la cosa no pasara a mayores.

Alí mandó que trajesen unas ricas vestiduras, lo mejor y más bello que en suntuosidad femenina se haya nunca realizado, para que con ellas se cubriera la linda Zira.

Orgullosa al verse tan ricamente vestida, mostraba la odalisca el empaque de un pavo real.

—Zira, jamás podrá resistirse nuestro

príncipe si te ve vestida así! —le decía su madre.

—Ya lo sé...

Y poco después se dirigía de nuevo a las estancias del príncipe y se acurrucaba a sus



—¿Te vas a comer todos los dulces?

pies, hermosa y perfumada como nunca lo había estado.

—¿Me quieres ahora? —le dijo—. ¿No me parezco un poco a aquella mujer europea?

El la rechazó, hastiado.

—¿Por qué venía aquella criatura a la que

no podía amar? Y alejándose de ella que temblaba al ver fracasada su seducción, ese dote irresistible de toda mujer, indicó a sus magnates:

—Me marcho en seguida para las montañas... Voy a cazar. En este palacio me ahogo.

Pero Zira al oír aquellas palabras, arrodillóse a los pies del príncipe:

—¡Dueño mío... te quiero!... ¡No me separes de ti... déjame quedar a tu lado!

El príncipe la miró a los ojos y después de meditar unos momentos, dijo:

—Quédate en mi palacio hasta que yo regrese... Entonces tomaré una determinación.

—¡Gracias, mi señor, mi príncipe! No habrá mujer en el mundo que te ame más que yo.

—¡Qué sabes tú!

Y fué a arreglar sus arreos de caza para salir en el acto hacia los montes.

Y horas después, en el cercano hotel, mientras Mary no dejaba de contemplar desde su ventana la blanca ciudad persa, Douglas recibía la visita de un magnate del país.

—Soy Soolibar, de la Compañía Petrolera de Iram.

—¡Ah, bien!...

—Estoy a sus órdenes... Al propio tiempo tengo un informe de sus pozos.

Douglas le atajó con ademán fatigado.

—Deje los negocios para luego—le dijo—. Primero deseo ver las bellezas de Persia.

—¡Comprendo! La mezquita de Kurdan, la Gran Puerta, la Torre de...

El inglés se echó a reír.

—No, me refiero a las bellezas que usan velo.

—¡Ah, vamos!

Apareció Mary, y el negociante persa la saludó muy cumplidamente. Los tres se asomaron a la ventana ante la que se extendía la ciudad, destacándose de entre sus torres y altos minaretes, una hermosa edificación.

—Es el palacio del príncipe Alamed Zhan —explicó Soolibar—. El verdadero poder tras del gobierno.

—Me suena el nombre de ese príncipe —dijo Douglas, riendo—. ¿Verdad, Mary?

Ella no contestó, rechazando la mordaz ironía que destilaban aquellas palabras.

—Quizá a la señora le agradaría visitar el palacio. Su Alteza está ausente, podría arreglarse.

—Por mí no hay inconveniente—exclamó Douglas—. ¿Qué te parece, Mary?

—Podemos ir—respondió ella, que se sentía anhelosa de visitar la suntuosa morada de aquel hombre qua la había hecho soñar en el amor.

Acordaron aquella visita y se dirigieron, al cabo de una hora, a recorrer el soberbio palacio, guiados por Soolibar y por uno de los mayordomos, que había transigido con que aquellos europeos pusiesen allí sus plantas.

Mary se sentía deslumbrada ante aquella profusión de lujo, de objetos de valor, de muebles raros, de almohadones brillantes, de joyas delicadas, de perbeteros innumerables...

Las salas, a cual más lujosa y bella, se sucedían sin interrupción. Pisaban ellos sobre blandas alfombras que amortiguaban todo ruido.

—Ese es el harem del príncipe—dijo Soolibar, señalando una estancia recogida en

la que no se atrevieron a penetrar—. Creo que ahora su favorita es una bailarina.

Mary palideció... Y el mayordomo dijo a Soolibar, dando muestras de gran indignación:

—¡Silencio, insolente!... Su Alteza tiene asuntos de más importancia que el estarse ocupando de bailarinas...

Siguieron recorriendo aquel palacio de hadas. Llegaron a las habitaciones particulares del príncipe, abandonadas y desiertas con ocasión de la ausencia del señor.

Mary estuvo contemplando largo rato los objetos y muebles de aquella estancia donde vivía el príncipe Alamed.

El mayordomo le daba toda clase de informaciones sobre aquella riqueza amontonada, muy contento de que la europea le escuchara con tan profunda atención.

Douglas se había alejado unos pasos al ver tras una galería de cristales a una hermosa mujer, oculto el rostro con un velo. Sería una de las odaliscas, tal vez una de las favoritas del príncipe.

El europeo, en su larga carrera amorosa, no se había topado aún con ninguna mujer

de harem, y le interesaba agregar a la lista de criaturas conquistadas la que fuese propiedad de un oriental.

Se dirigió hacia la galería, seguido a pocos pasos por Soolibar.

Vió brillar, junto al blanco velo, unos ojos anhelantes, febriles, como pozos de pasiones.

La mujer le sonrió. El adivinó esa sonrisa tras el suave velo donde brilló una oleada de nácar.

Douglas, satisfecho por el buen recibimiento, quiso ir hacia ella, pero Zira, que tal era la mujer que había estado espiando a la pareja europea, desapareció por uno de los corredores, cerrando la puerta tras de sí, como una hoja impenetrable.

En el alma de aquella mujer se habían levantado de repente muchos odios. Había reconocido en la europea a la dama cuyo retrato el príncipe guardaba como preciado tesoro.

Douglas dijo a Soolibar, profundamente interesado por la sonrisa ardiente de aquella joven del harem:

—¡Proporcioname una cita con ella y te recompensaré con largueza!

—¡Imposible!

—¡No me importa lo peligroso que sea!

—Significaría la muerte de ambos si nos descubrieran.

—Te daré lo que pidas...

—¡Bien!... Me juego la vida... Procuraré hablar con Zira, y veremos si soy afortunado.

Los dos hombres volvieron a reunirse con Mary y el mayordomo, y después de recorrer aún nuevos rincones de aquella sumtuosa morada, salieron a la calle.

Ignoraba Mary los propósitos de su marido, pues, distraída con la contemplación de las riquezas, no había visto como Douglas contemplaba con ojos de fuego aquella fugitiva y femenil visión.

El matrimonio regresó al hotel.

Pocas horas después, Soolibar comunicaba a Douglas que había podido conseguir una cita de Zira y que aquella noche a las once, ella le aguardaba en el harem.

Soolibar le facilitaría la entrada.

Frotóse Douglas las manos con malvada alegría...

Una doble satisfacción le llenaba el alma: lograr el amor de una de aquellas orientales, locas en la pasión, y arrebatar precisamente al príncipe Alamed una de sus favoritas.

Se acordaba del barco que les condujo a Europa, de las asiduidades del príncipe para con Mary... y sentía en los labios el sabor agridulce de la venganza.

* * *

Indicó a su esposa que tenía que ir a reunirse con Soolibar para tratar de varios asuntos relacionados con el petróleo, y salió del hotel.

Encontróse, efectivamente, con aquel hombre, y entraron en el palacio del príncipe.

De acuerdo con Zira, Soolibar le introdujo en las estancias del harem y luego se dirigió a un patio a aguardar la salida de su señor.

Zirá esperaba ya al europeo.

Todavía iba ella cubierta con el velo; pero sus ojos hablaban el lenguaje eterno del amor.

El príncipe pretendió arrancarle el tul de color de rosa; pero ella se lo impidió.

—Antes, debes escucharme.

—¡Habla! Adivino que eres una maravilla... ¡Estoy loco por ti!

—¡Oh, qué vehemente!

—Lo que te mereces... Tienes cuerpo de tigresa y me enloqueces con tu mirar.

Ella reía, reía...

De pronto, en sus manos apareció un retrato cuajado de pedrería, y lo mostró a Douglas.

—¿No es ésta la mujer que te acompañaba?

—Sí—dijo Douglas, repentinamente celoso al reconocer a Mary—. ¿De dónde has sacado esto?

—Del gabinete secreto de mi señor... El príncipe lo estima más que todas las joyas de su casa.

—¡Qué locura!

—Te he permitido entrar aquí... para ro-

garte no vuelvas a traer a esta casa a la mujer del retrato.

—Y si te lo prometo, ¿qué harás tú por mí?—dijo, sin importarle demasiado aquellos amores románticos del príncipe.

Zira nada dijo, pero sus brazos le rodearon el talle, prometiéndole él culto del amor.

Y en aquel instante, la guardia, que había escuchado palabras sospechosas, irrumpió en la habitación.

Iba mandada por Alí.

—¡Ah, miserables!—rugió Alí, yendo hacia los dos amantes.

La madre de Zira apareció en el umbral y contempló horrorizada a su hija en brazos del extranjero.

Y la bailarina, al verse deshonrada ante su propia madre y todos los demás magnates del palacio, al comprender el castigo que la esperaba por haber sido sorprendida en tal delito de traición, desprendióse de los brazos de Douglas... armóse de un pequeño puñal y se dió con él muerte, clavándose el arma hasta la empuñadura.

Horrorizado Douglas por lo que acababa

de ver, saltó prestamente por una ventana y, guiado por cierta providencial ayuda, logró ganar la calle más próxima, corriendo velozmente hacia el hotel.

Temblaba; le parecía sentir los pasos de los sayones del príncipe, prontos a fusilarle.

Zira, la infeliz enamorada, acababa de caer contra la alfombra, salpicándola de sangre.

Corrió su madre a abrazarla, retorciéndose entre lamentos desesperados, repitiendo el nombre de Zira y maldiciendo al vil seductor responsable de la tragedia.

La guardia mandada por Alí acordonó inmediatamente el palacio, mientras otros soldados buscaban en las calles próximas el rastro del fugitivo.

Al cabo de unos minutos, Douglas entró en el hotel. Llegaba sucio, fatigado, con el traje lleno de polvo.

Había envejecido repentinamente; en sus ojos brillaba una luz de terror.

—¿Qué pasa?—le dijo Mary, bien ajena a cuanto había sucedido.

—No me preguntes nada... arregla inme-

diatamente los equipajes... Es preciso mar-
charnos inmediatamente.

—Pero, ¿qué has hecho?

—Hay que huir de Persia. Cuando este-
mos lejos de esta maldita tierra, te lo ex-
plicaré.

Y la desgraciada esposa tuvo que resig-
narse a empaquetar los objetos, diciéndose
qué nueva locura habría cometido aquel
malvado de quien todo debía temerse.

* * *

El comerciante Soolibar había sido dete-
nido cuando trataba de escapar. Inmediata-
mente fué llevado a una de las prisiones del
palacio. También fué encarcelado, por or-
den de Alí, el mayordomo que por la tarde
había facilitado la entrada al matrimonio
extranjero.

Era preciso esperar el regreso del prín-
cipe, para que se tomaran determinaciones.

Y aquella misma noche, Alamed regresó
de uno de los cotos de caza. Tampoco en
este deporte encontraba la calma que le

faltaba a su espíritu. ¡Ah! ¿Dónde poder
hallar esa divina paz?

Sorprendióse profundamente al encon-
trar en alarma su palacio. ¿Qué había po-
dido suceder?

Alí le puso en antecedentes.

—Señor, esta noche, un forastero penetró
en vuestro harem... ¡Y la joven Zira se ha
suicidado!

—¿Estás soñando?

—Es la más dolorosa realidad, señor.

Crispó de rabia sus manos, sintiéndose
gravemente ofendido, por la muerte de
Zira y por el atrevimiento y la profa-
nación que había cometido un extranjero
penetrando en el santuario del harem.

¡El bandido! ¡Merecía la muerte! ¿Y no
habían logrado detenerle? ¿A ninguno de
sus cómplices habían echado mano? Por-
que aquél los tenía, con toda seguridad...
¿Cómo iba a saber el forastero dónde se
encontraba el harem?

—Hemos detenido a un mayordomo y a
un comerciante llamado Soolibar, que es-
peraba en el patio al forastero.

—¡Traedme a los dos!

Se presentaron ante el príncipe. Pero el mayordomo juró por todas las huríes del Paraíso y por el propio Mahoma que ignoraba en absoluto quiénes eran los forasteros a los cuales había mostrado el palacio por la tarde, a indicaciones de Soolibar.

En cuanto a la visita nocturna, no sabía de ella nada ni había contribuído a la misma.

El príncipe interrogó entonces a Soolibar, a quien conocía como hombre marrullero y capaz de todo para conseguir sus fines.

—Tú esperabas en el patio a ese hombre, ¿verdad? Velabas por él mientras profanaba mi serrallo y me robaba mi honor...

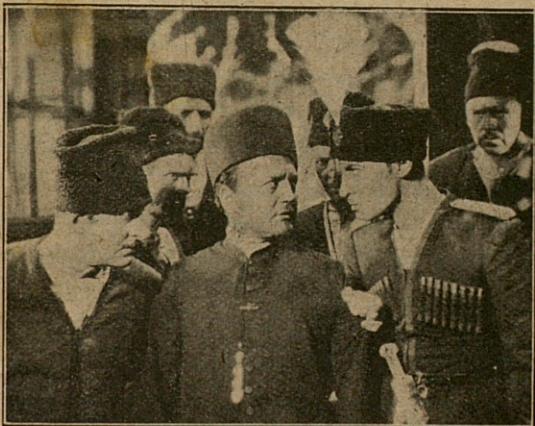
—¡Soy inocente... soy inocente! —decía temblando—. ¡No sé nada!... ¡No conozco a nadie!

—¡Llevaoslo y hacedle hablar!... ¡Qué vuelva la memoria a su pensamiento! —ordenó el príncipe.

Los sicarios arrastraron a Soolibar hacia la estancia de los tormentos, y no tuvieron que usar de demasiados procedi-

mientos para hacerle cantar toda la verdad.

Bastó un intento de descoyuntarle los miembros para que Soolibar se rindiera al energético poder de la fuerza.



—Tú esperabas en el patio a ese hombre.

—¡Confesaré... confesaré... pero no me hagáis daño! —decía.

Acudió el príncipe Alamed, que sentía el deseo infinito de vengarse de la planta europea que había manchado el harem.

—Llevaré vuestra guardia al hotel don-

de se hospeda ese hombre—clamó Soolibar.

—¡Ay de ti si nos vendes!... ¡Vete con él, Alí... y captura al culpable! ¡Tráelo aquí vivo o muerto!

Alí, con un pelotón de soldados y acompañados de Soolibar, que seguía temblando ante la idea de morir, se dirigieron al cercano hotel, donde los Douglas realizaban los últimos preparativos para salir de la maldita ciudad.

Douglas seguía excitadísimo; el menor ruido, el más ligero movimiento, estremecía sus nervios en tensión... Y su dulce esposa se preguntaba tristemente qué nueva hazaña habría realizado aquel hombre sin dignidad.

De pronto, llamaron a la puerta.

Douglas tembló todavía más. Pero a una indicación de Mary, acercóse a la puerta y dijo:

—¿Quién va?

Era Soolibar que, amenazado por los revólveres de Alí y de la guardia, contestó, procurando aparentar tranquilidad:

—¡Soy Soolibar, Excelencia!

—Vuelva usted otro rato.

—Déjeme entrar, Excelencia... Traigo un mensaje para usted... Se trata de una cosa importante.

Douglas abrió la puerta y en aquel mismo instante varios hombres irrumpieron en la habitación.

El europeo se sintió perdido. Junto a él, Mary miraba sin comprender a aquellas gentes armadas y brutales.

Alí avanzó hacia Douglas, y zarandeándole rudamente, le dijo:

—¡Perro infiel, morirás por tu hazaña de esta noche!

Procurando ocultar su turbación, el inglés exclamó:

—¿Qué es eso? ¿Por qué vienes con esa gente, Soolibar?

—Señor, yo no he podido evitarlo. Me obligaron y...

—No debes contestar a ese hombre—advirtió Alí a Soolibar.

Mary interrogó con los ojos a su marido, luego a los guardias. ¿Qué habría hecho Douglas en el palacio del príncipe? Pre-

sintió rápidamente que se trataba de alguna mujer.

—¡La muchacha se mató por culpa tuya! — gritó Alí, mirando al europeo—. ¡Has profanado el harem! Mi señor requiere tu presencia...

—¡Me niego!

—¡Prendedle!

—¡Ah, bandidos!

—¡Por favor! —dijo Mary.

—Apártese usted, señora. ¡Ea, por las buenas o por las malas, conducid a este hombre al palacio!

Y lanzándose contra él, le amordazaron, y a pesar de su resistencia y desesperación, le sacaron del hotel.

Mary se echó a llorar, desolada, con una convicción de que peligraba la vida de su esposo, de que este hombre habría ofendido tan gravemente al príncipe, que éste le daría la muerte.

Desolada, le pareció verse ya rodeada de soledad en aquel mundo oriental desconocido...

* * *

Introdujeron a Douglas en una de las bellas estancias del alcázar. Durante algunos minutos, permaneció solo.

Douglas, nervioso y dándose cuenta del peligro, optó por mostrarse sereno ante el príncipe. Nada de cobardías, nada de temores. Era necesario disimular.

Cuando vió avanzar ante él la figura del príncipe, sintió más y más contra ese hombre el profundo desdén que le había inspirado desde aquellos días de la travesía de América a Europa.

Comprendió que nada ganaría mostrándose apesadumbrado y cobarde y optó por aparecer indiferente ante el príncipe, que avanzaba hacia él con una expresión de siniestro terror.

Alamed había reconocido en el vil extranjero al hombre odiado del trasatlántico, al brutal marido de Mary.

—¡Usted, usted, miserable! — rugió—. ¿Quién iba a pensar nunca que fuera usted

el que ha profanado mi casa? ¡Ah, traidor!
¡Ahora las pagarás todas juntas! ¡Sabrá lo
que cuesta querer robarme una mujer!

—¡Bah, mi querido príncipe! ¿A qué
culparme?—exclamó con inconcebible tran-
quilidad—. Debería usted cuidar mejor de
sus mujeres.

—¿Me da usted consejos?

—Para su bien.

—¡Miserable!

—¿Qué derecho tiene usted a quejarse?...
Usted me robó el cariño de mi esposa, y
yo....—exclamó con rabia.

—¿Su esposa?

A punto estuvo de abofetear a aquel ban-
dido y recordarle aquella travesía marítima
durante la cual Douglas había ofendido nu-
merosas veces a su dulce mujer.

¡Ah! ¿Dónde estaría Mary? Estaba con-
vencido de que era ella la que había visi-
tado aquella tarde el palacio.

Un odio feroz se retrató en el semblante
del príncipe. ¡Qué deseos tenía de castigar
a Douglas! No sólo vengaría en él a la
pobre Zira, y la profanación del serrallo,
sino la vida de martirio que había pasado

Mary, la bella amada del príncipe, la de
sus sueños ideales de romántico.

—Esta vez no te burlarás de mí, te lo
juro. Bien preso estás en mi casa y no re-
cobrarás más la libertad.

—¿Con qué derecho?

—Con el del honor ultrajado.

Aparecieron unos guardias y uno de ellos
dijo:

—Alteza, una señora desea veros urgen-
temente.

—¿Ahora?

Tuvo un extraño presentimiento. Aquella
mujer que preguntaba por él... era Mary.

Con un gesto frío, ordenó:

—Lleven ese hombre al patio y hagan
que entre la mujer.

Desapareció Douglas entre una fila de
soldados que le condujeron a un patio cer-
cano y silencioso, dejándolo solo en él.

El príncipe Alamed vió avanzar hacia él
a Mary. No se había equivocado.

¡Ella en su casa! ¡Ella, la criatura so-
ñada, la que atormentaba su vida con el
dolor del imposible!

—¡Mary! —dijo besando aquella mano que había acariciado tantas veces.

Pero la joven alzó los ojos, clavó sus divinas pupilas azules en el príncipe, y exclamó:

—He venido a pedirte la vida de mi marido. Sé que ha cometido un gran delito y que está en tu poder...

—Así es, Mary... La vida me lo pone en mis manos... Ya es cosa mía, ya puedo vengarme de él y triturarlo furioso, y destrozarlo...

—¡No... Alamed... no hagas eso!

Había lágrimas en sus ojos. En toda ella se denotaba un hondo dolor.

—¿Por qué te interesas por él? ¿Le quieres?

—¡No!... Bien sabes, Alamed, de quién es, espiritualmente, mi corazón... Pero, deja libre a ese hombre. Contra mi voluntad yo llevo su apellido, y sería muy desgraciada si tú te manchases con su sangre.

—¿Y si me niego? —dijo con fría tranquilidad.

—¡Alamed!... El te ha ofendido mucho, mucho... Esa mujer que se ha suicidado, era

seguramente tu gran amor, el de ahora...

—Estás equivocada... La muchacha no significaba nada para mí... Es a ti a quien amo... a ti únicamente.

Una gran alegría flotó entonces en los ojos de Mary.



—¿Por qué te interesas por él?

—Pues, si no querías a esa mujer... si es a mí a quien amas... pon a mi marido en libertad... No lo merece, estoy convencida de ello... Pero sería para mí muy triste que el hombre bueno que encontré en mi camino y

dió tanto alivio a mi corazón, fuera el que ordenara la muerte de mi esposo... No me tendrías libre entonces, porque imposibilitarías nuestro amor con un crimen.

Alamed escuchaba emocionado a aquella criatura que había sido su vida toda, el único objeto de su existencia.

—No te puedo negar nada—dijo—. Quiero seguir siendo para ti el caballero que conociste... La vida no quiere que nos unamos... No importa... ¡Son nuestras almas las que se unirán!... Porque tú me quieres... Esta tarde has estado en mi palacio porque me quieres.

—¡Alamed! ¡Es verdad!... ¡Te amo!... Pero es imposible...

Llamó el príncipe a unos soldados y ordenó:

—¡Soltad al prisionero inmediatamente! Y quedó contemplando a Mary con profunda admiración, ante aquel sacrificio heroico que la ponía de nuevo en poder del rufián, del hombre repugnante que la injuriaba con su conducta.

—¡Y ahora, adiós, Alamed!—repuso ella.

—Tu recuerdo no se borrará nunca de mí. En silencio te amaré...

—¡Y yo a ti, hurí de mi vida!... ¡Ah, y nunca, una esperanza, nunca!

Escuchóse en aquel momento un criterío en el patio contiguo.

Asomáronse a una ventana y vieron un doloroso e imprevisto espectáculo.

Douglas estaba caído en tierra con el pecho manchado en sangre. Junto a él, con un puñal, goteante todavía, se hallaba una anciana, la madre de Zira, que de aquel modo había querido vengar, por su propio impulso, el fin trágico de su hija.

Habiendo visto al europeo pasear solitario por el patio, logró entrar con sigilo y clavarle a Douglas aquel cuchillo de venganza.

Los guardias, que llegaban en aquel instante para poner en libertad al miserable, no lograron evitar la consumación del crimen. La muerte había vencido ya...

Mary se cubrió el rostro con las manos, horrorizada por la tragedia. El príncipe la apartó suavemente de allí.

—¡Dueña de corazón!—le dijo—. ¡Alá se

ha interpuesto!... Ahora eres mía para amarte y honrarte mientras viva... Tu marido no debía vivir. Yo no me manché con su sangre; fué la madre de Zira la que quiso vengar aquella muerte... Ya nada nos separará en lo sucesivo, dueña, reina de mi alma...

Y ella, rota por la emoción, lloraba lentamente, apoyada contra el fuerte pecho de aquel hombre al que, libre ya de obstáculos terrenos, adoraba con toda la fuerza de un alma agradecida y pura.

* * *

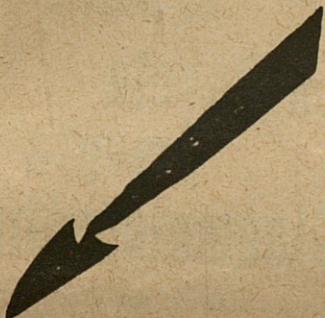
Los días se llevaron el recuerdo de aquella noche triste... Alamed no quiso que hubiera nuevas víctimas... Perdonó a Soolibar, al mayordomo y a la madre de Zira.

Y abandonando el palacio de sus mayores, se fué a vivir a Inglaterra, la patria de Mary, donde contrajo matrimonio con la hermosa mujer que, libre por fin, le daba por entero su alma.

FIN

EXITO VERDAD,
en las selectas *Ediciones Especiales* de
La Novela Semanal Cinematográfica

DE



EL DESPERTAR

Por Vilma Banky, Walter Byron,
Louis Wolheim, etc.

Bellísima novela de gran emoción



**Ha salido ya
EL PRIMER**

número de la nueva colección de novelas cinematográficas

**La Novela
Frívola
Cinematográfica**

en la que se publicarán los mejores asuntos frívolos.

¡Gran novedad!

Regalo de una postal-fotografía de las bellezas de la pantalla en sugestivas «poses»

Precio: 30 céntimos

E. B.

